

ROBERTO J. PAYRO  
**EL MAR DULCE**

**XVII**  
**LA VISION DEL MAR DULCE**

Las carabelas siguieron su vía con buen tiempo, sin dejar la costa, que era baja, con algunas alturas en segundo término, y que corría de Nordeste a Sudoeste. La tripulación mostrábase mucho más animada que de ordinario, presintiendo el fin del viaje, y Paquillo saltaba de contento pensando que iba a empezar verdaderamente su vida de aventuras y acercarse al logro de sus ingenuas aspiraciones. Contribuyó a la general alegría la celebración de la Nochebuena, con los elementos de que se podía disponer, es decir, bailando entre hombres solos, recordando el lejano hogar los que lo tenían, los que no las fiestas de su pueblo, y cantando en coro villancicos, que fray Buenaventura remató recitando, con marcadas cadencias, la vieja cántiga de Villasandino (**Nota**) :

*Generosa, muy hermosa  
sin mancilla Virgen santa,  
virtuosa, poderosa,  
de quien Lucifer se espanta ;  
tanta*

*fué la tu gran humildad  
que toda la Trinidad  
en tí se encierra, se canta.  
Placentero fué el primero  
gozo, señora, que hoviste  
cuando el vero mensajero  
te saluó y tú respondiste.  
Trujiste  
en tu seno virginal  
al Padre Celestial,  
al cual sin dolor pariste.*

Pero de pronto tuvo que interrumpirse. Gritos y denuestos vinieron a llamar la atención de todos. Era que acababa de producirse una de las acostumbradas reyertas entre Pedro Núñez y Santiago Corzuelo que, siempre a la greña, no acertaban nunca a separarse, como matrimonio de cascarrabias que no deja pasar día sin trifulca para darse luego el gusto de hacer las paces. Esta vez disputaban, entre amenazas y denuestos, a propósito de cierta navaja de cachas que Núñez había hurtado a Corzuelo, y que no aparecía ni volvía a poder de su legítimo propietario. Acostumbrados a estas borrascas, que tronaban mucho sin que lloviera un cachete, los marineros rodearon a los contrincantes, azuzándolos y riendo a carcajadas del sainete que se les ofrecía como fin de fiesta. Pero la disputa pareció más grave que de costumbre como que estaba en juego

prenda de tan alto interés como la navaja. Pusiéronse ambos de ladrón y desvergonzado, de truhán, mal amigo y traidor, como no digan dueñas, y hubieran llegado seguramente a las manos a no gritar un alma caritativa y bien inspirada que se acercaba corriendo el capitán. Desaparecieron los campeones, todavía jadeantes de las voces dadas, y la velada de Nochebuena dió fin con esto, pero no así el pleito navajil ...

Al otro día, 25 de diciembre, las carabelas pasaron frente a un cabo que Solís llamó de Navidad, y cuya situación no se sabe a ciencia cierta, pues tanto puede ser la punta de la Isla Grande, actualmente llamada Acaya, como el pico de Paraty, a unas treinta leguas de Río de Janeiro.

El terral, calmoso, tendía a alejarlos de la costa, pero en tres singladuras avistaron un puerto, formado por la desembocadura de un pequeño río, puerto que el capitán general bautizó como de los Santos Inocentes, en celebración de la fiesta de la fecha – 28 de diciembre –. Surgieron y permanecieron algún tiempo allí, porque el viento escaso no les favorecía. Pero en cuanto empezó a soplar un tanto favorable reanudaron la navegación a lo largo de la costa ; unas treinta y cinco leguas más lejos avistaron el cabo de la Cananéia, que llamaron así en honor de la Epifanía, y avanzando con rumbo sudoeste descubrieron la isla de la Plata, conocida hoy como de San Francisco, a veintisiete leguas más o

menos de la Cananéia. De allí fueron a surgir frente a una tierra a la que más tarde se dió el nombre de Bahía de los Perdidos (o de Paranaguá), y de ésta, costeando siempre, pasaron a la vista de una isla vastísima y hermosa, la de Santa Catalina, cubierta de bosque alto, del que, aquí y allí sobresalían los airosos penachos de grandes grupos de palmeras. Doblaron luego el cabo de las Corrientes, llamado ahora de Santa Marta Grande, a unas veinticinco leguas de Santa Catalina, y sin apartarse demasiado de la costa siguieron hasta avistar San Domingo de las Torres, y después de largos días, tan tranquilos como los anteriores, el arroyo Chuy y los Castillos.

- ¡ Aquel viaje estaba visiblemente bendecido por Dios ! – decía fray Buenaventura.



Poco después doblaban el cabo de Santa María y,



las tierras y las aguas que buscaba el gran Juan Díaz de Solís, zahorí descubridor de tesoros.

Echadas las anclas, el capitán general ordenó que la tripulación de las tres carabelas se armase de punta en blanco, como en las grandes solemnidades o como si fuese a entrar en batalla, y tomó otras disposiciones preparatorias de lo que pensaba hacer. Una de sus órdenes fué arrancar a los desventurados Alarcón y Marquina del lecho de dolor, a que habían caído de nuevo, hechos una piltrafa, desde que se zarpó de Río de Janeiro. Pero al saber que se les sacudía para que saltasen a tierra desde su potro de tormento, cobraron ánimo en la medida de lo posible – que no podía ser muy grande, dada su debilidad – y como si les invitasen a pasar del infierno al cielo.

Las tres naos, inmóviles, acariciadas por las mansas aguas, parecieron solitarias y abandonadas mientras los marineros se aprestaban en el entrepuente. Momentos después comenzaron a aparecer, apuestos y martiales de desgarrados que andaban, merced a los sesenta coseletes que, con sus armaduras de cabeza, había "*prestado*" a Solís el Rey católico. Cuando todo el mundo estuvo listo, echaronse al agua los bateles y Solís embarcó en el suyo con Marquina, Alarcón, fray Buenaventura y algunos remeros escogidos. Francisco de Torres hizo lo mismo con el maestro Diego García y demás oficiales y Juan de Lisboa le siguió con los de la otra carabela

latina, salvo el despensero Martín García, que acababa de sentirse tan enfermo que debió quedar a bordo. En las naos montaban la guardia los hombres imprescindibles para su seguridad, y en la Portuguesa los sirvientes de las dos lombardas. De los que bajaban a tierra, amén de

sus armas habituales, éstos llevaban hachas de abordaje, estotros picos y azadones, y uno de ellos una gran cruz hecha con dos mastelerillos de repuesto.

Apenas las proas tocaban la arena de la orilla, saltaban los hombres a tierra e iban a formar fila cerca del capitán general, que ya tenía a su lado a fray Buenaventura, de sobrepelliz, a Alarcón y Marquina, de espadín al cinto pero amarillos y trémulos de piernas, y detrás a Francisco de Torres, Juan de Lisboa y Diego García de Moguer. El alférez Melchor Ramírez se había puesto a la cabeza de la "*gente de desembarco*", que era, en suma, casi la totalidad de la tripulación.

La marinería daba frente al mar, los jefes a tierra, y todos guardaban religioso silencio cuando Juan Díaz de Solís avanzó un paso, desenvainó, hizo relampaguear la espada en el aire y cortó una rama del árbol que a su derecha tenía. Dió una

breve orden, repetida por el alférez, y los del hacha de abordaje secundaron inmediatamente la acción del capitán general, abatiendo ramas y gajos de otros árboles, mientras los de pico y azadón comenzaban a abrir ancha y larga zanja, y con la tierra extraída levantaban un simulacro de muralla. Otros, entretanto, abrieron dos hoyos en aquella tierra que las herramientas labraban por primera vez, y en uno de ellos plantaron el árbol de la horca ; el otro era para el árbol de la cruz.

- *¡ A vos, si os place, padre !* – dijo Solís a fray Buenaventura, haciendo con la espada una señal.

Sonaron trompetas, tronaron las lombardas desde a bordo, puso Juan Díaz de Solís la rodilla en tierra, imitáronle los demás y el dominico, ayudado por dos marineros, plantó la cruz en el segundo hoyo, y bendijo con el mismo amplio ademán a la nueva tierra y a sus conquistadores que humillaban la cabeza ante el símbolo cristiano :

- *¡ In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sanctus !*
- *¡ Amén !* – contestaron todos a una voz.

Solís se levantó con el estandarte de Castilla en la siniestra mano, y blandiendo en torno suyo con la diestra la espada desnuda, gritó por tres veces :

- *¡ Esta tierra por el Rey de España !*

Una aclamación vibró en los aires e irradió en la inmensa soledad.



Puestos en pie de un salto, enarbolando las armas y blandiéndolas sobre su casco de acero, los rudos marinos, llenos de entusiasmo, repitieron sus vítores hasta que, a una voz del capitán general, guardaron silencio, palpitantes todavía.

Sentóse Solís en un tronco de árbol abatido, rodeólo el estado mayor, la tropa rectificó su formación, y los marineros Pedro Núñez y Santiago Corzuelo salieron de las filas a una señal del alférez y avanzaron tres o cuatro pasos hacia el capitán general, que iba, por primera vez en aquellas tierras, a ejercer la más importante de sus funciones, administrando justicia. (**Nota** : *Capitanía del Rey*, ver mapa)

Invitado a exponer sus quejas, Santiago Corzuelo acusó a Pedro Núñez de haberle hurtado una navaja que le era muy útil y tenía en grande estima, exigiendo la restitución de la prenda y el castigo del culpable. Pedro Núñez, a su vez, defendiése de la acusación, alegando que si había tomado la navaja era por la amistad que hasta entonces lo ligaba a Corzuelo, sin el menor propósito criminal, y con la firme intención de devolverla en cuanto cortase la punta de un cabo suelto que chicoteaba. Por desgracia suya, la navaja, escapándosele de la mano, cayó al mar, de donde era imposible sacarla. Corzuelo insistió en que la pérdida del objeto le causaba gran perjuicio y en que Núñez, responsable de ella por

haberlo tomado ocultamente y sin consentimiento de su dueño, que era él, debía devolvérselo, y en caso de imposibilidad pagárselo con creces, visto lo que costaría reemplazarlo y salvo el mejor parecer de la justicia. Oído lo cual, y sin llamar testigos por creerlo innecesario, Juan Díaz de Solís falló en nombre de S. A. el Rey de España, don Fernando el Católico, este pleito de menor cuantía, diciendo :

- *Devuelva Pedro Núñez a Santiago Corzuelo la navaja que le ha tomado sin su voluntad, y si no la hubiere, per cualesquiera razones, de fuerza mayor u otras, páguele la cantidad que sea necesaria para que se avie con otra de las mejores que vienen para los rescates, en buena moneda contante y sonante, sin estimación de daños y perjuicios, por no haber lugar. ¡ Y esta es la justicia del Rey !*

Diéronse por contentos los litigantes, debidamente aleccionados de antemano a lo que sospechó la tripulación, y desenrollando un gran pliego que en la mano llevaba avanzó al medio el escribano Alarcón, quien, con voz flaca y sin inflexiones, leyó el acta en que se había puntualizado la situación exacta de aquella tierra, y la tan solemne toma de posesión en nombre del Rey, de ella "*e todo su partido e provincia*", de acuerdo con las instrucciones de Su Alteza.

El tronco en que se había sentado Solís para administrar justicia sirvió de bufete al extenuado

Alarcón, que tendiendo el acta en lo más llano, y poniendo junto a ella el tintero de cuerno, ofreció la barbada pluma primero al capitán general, como es de rigor, y sucesivamente a los demás para que todos la signaran como testigos. La mayoría, sin excluir al maestro Diego García, limitóse a poner una cruz, a cuyo lado extendió el escribano el nombre de cada cual.

La ceremonia había terminado, la marinería rompió filas, dió Solís orden de que se les distribuyese doble ración de vino en honor del acontecimiento, y rodeado por Francisco de Torres, Juan de Lisboa, fray Buenaventura y Diego García, echó a andar lentamente, como de paseo, por entre los matorrales y los árboles bajos de aquella costa que, desde ese día y con las tierras que la prolongaban, pertenecía ya legítimamente al Rey Fernando y a la corona de España. Abríanles paso Rodrigo Rodríguez y Paco del Puerto que con sendas hachas de abordaje abatían las ramas y la maleza cuando estorbaban el paso, trazando un especie de tortuoso sendero, nueva aunque no imborrable señal de la toma de posesión. El calor era ardiente, pero una vez en la cumbre de una colina no muy alta que tenían a su izquierda, viéronse recompensados por la brisa marera que les enjugó el rostro. Sentáronse a respirar junto a un bosquecillo que los abrigaba del sol y cuya melena verde levemente agitada entonces por el aire, debían alborotar y desgrear

muy a menudo los pamperos y las sudestadas, a juzgar por lo retorcido de sus ramas y lo inclinado de sus troncos.

Desde la colina veían a sus pies el puerto de Nuestra Señora de la Candelaria entre las dos puntas, del Este y de la Ballena, y las islas que la abrigan y defienden de los vientos de mar afuera. Y allí, según cuentan al unisono los cronistas de la época y muchos historiadores venidos después, contemplaron aquella memorable tarde lo que luego, y desde aquel mismo punto, no han vuelto a ver ojos humanos. Espejismo, visión profética, sugestión de Solís que conocía el paraje ¡ quién sabe ! ni ¡ qué importa ! ... El hecho es que, más allá, a su izquierda, vieron tendido y en calma el mar inmenso y verde que acababan de surcar, y a su derecha, como llamándoles, otro inmenso mar, pardo, majestuoso y tranquilo.

- ¡ *Mi mar!* - pensó el gran marino.

Y a sus espaldas, como otro mar, el tercero, dormitaba la campiña cubierta de bosquecillos y de hierba que los soles habían dorado y enrojecido, con la silueta del Pan de Azúcar en la lejanía, y cruzada por largas cuchillas sinuosas, cortadas por riachos y arroyuelos cuyo paso revelaba el verdor más fresco e intenso de la vegetación. Ni una sola figura humana restaba en aquel momento solemnidad al paisaje grandioso que animaban únicamente la brisa meciendo las altas hierbas, las aves rapaces trazando círculos

en la atmósfera o rayándola como una flecha, algún pajarillo cantando en las ramas, alguna pieza mayor que prestaba vida a los matorrales. Caía el sol y las nubes iniciaban una maravillosa fantasmagoría de formas fugaces y de cambiantes colores.

- *¡ Hermoso cielo, hermoso suelo ! – exclamó fray Buenaventura – Si el uno hace que me crea en Andalucía, el otro sólo aguarda al hombre para convertirse en un vergel.*
- *Y el hombre llegará, ya ha llegado, padre, con la ayuda de Dios – dijo Solís –. Pero todavía habéis de admirar cosas mejores y de más provecho.*
- *Lástima que no haya aquí algunos indios para ver qué catadura tienen – suspiró el dominico.*
- *Sí que los hay, pero no los vemos, porque andan seguramente disimulados en la espesura y sin perdernos de ojo desde que atisbaron las carabelas.*
- *¿ Son de temer ?*
- *Por lo pronto recelan de nosotros y hurtan el cuerpo – dijo Torres –. Además, no tendríais tiempo de doctrinarlos, padre, porque no sabéis su lengua, comienza a refrescar el sudoeste y, por lo que pueda acontecer, bueno es apresurarse a ganar las naos, lo que no os dejará tiempo de aprenderla.*
- *Eso pienso – apoyó Solís.*  
Mientras bajaban, desandando el improvisado

sendero, el capitán general oyó que Rodríguez, al señalar el pardo mar que creían ver o que en realidad veían desde lo alto, informaba a Paquillo con tono magistral :

- *Esa mar oscura que estás viendo a tu derecha, es el paso que vamos buscando hacia la otra mar que vió Vasco Núñez de Balboa.*

Sonrió Solís y, no queriendo replicar directamente a su criado, se encaró con fray Buenaventura y le dijo en voz bien alta :

- *Admire vuesamerced, padrecito, una de las mayores maravillas de Dios en estas tierras. Las aguas que está viendo, de color menos azul y mucho más turbio que el de las aguas hondas, no es brazo de mar, como se diría dado que no se le ve término ni en el confín del horizonte. Mire allí, donde los colores se mezclan y se confunden en un estrecho espacio que parece una tinta sinuosa. Pues allí mismo acaban las ondas salobres del Océano y empiezan las dulces de otro mar desconocido ...*
- *¡ Un mar dulce ! ¡ oh portento !* – exclamó el fraile admirado, mientras Rodrigo y el grumete abrían tamaña boca.
- *Sí* – continuó Solís – *Un mar dulce, como acábáis de decir. Mar por su incomparable grandeza, lo otro por la dulcedumbre de sus aguas. Pero no es mar, sino río, un río que por*

*su anchura que nada interrumpe, es el más portentoso que hasta aquí hayan visto ojos humanos.*

Alzó el fraile los brazos al cielo y permaneció un instante como pasmado.

- *¡ Eso un río ! – exclamó por fin – ¿ Qué hacemos entonces con el Guadalquivir, el Tajo y el Ebro de que estábamos tan ufanos ! ...*
- *Esos y otros de Europa, los mayores, son simples arroyos al lado de éste, que no tardaremos en remontar, padrecito ... En sus riberas encontraremos nosotros las cosas materiales en cuya busca venimos, y vos muchos infieles idólatras que arrancar al demonio ... Y puede que, hala hala, aguas arriba y con la ayuda de Dios, lleguemos adonde yo me sé ...*
- *¡ A ello y lo más pronto posible ! –exclamó el fraile echando a andar con mucha prisa, como si los indios lo aguardaban a los pocos pasos.– ¡ Bendito sea Dios que me ha permitido ver tanta grandeza !*

Y siguió sendero abajo sin apartar la vista del estupendo río que, sin orillas, iba, en lontananza, a reunirse con el cielo.

- *¡ Con que no es sino un río ! – dijo desabridamente Rodríguez que se había ido quedando atrás.*
- *¿ Le querías más talludito ? – preguntó burlonamente el grumete.*

- *Como grande es grande, no la niega – replicó Rodrigo. – Pero es dulce, y preferiría un brazo de mar, aunque fuese de dos dedos de ancho...*
- *Pero, ¿ por qué ? – preguntó el chico, sorprendido.*
- *¿ No comprendes, bobo, que un río no nos llevará a ninguna parte, pero que un estrecho, aunque lo fuera más que el de Gibraltar, podría darnos paso hacia el otro mar, al que tiene en sus riberas tanto oro y perlas y riquezas de todas clases ?*
- *¿Acaso un río no puede llevarnos también ? Y ¿quién nos dice que en estas tierras no hay otro tanto y más de eso de que hablas ? – objetó sesudamente el chico.*

Una vez a bordo Solís se convenció de que las naos no corrían peligro alguno en el puerto de Nuestra Señora de la Candelaria, y aplazó la partida hasta el amanecer del día siguiente. Con la doble ración de vino y alguna añadidura a la comida habitual, la tripulación hizo festín y pasó regocijadamente la velada. Pero a la madrugada leváranse anclas y las carabelas, una detrás de otra, echaron a andar lentamente, con poco trapo, a la vista de los médanos de la costa y de un cerro aislado y cónico de poca altura, y de varias pliegues del terrera, más elevados que el resto y a los que se daría luego el nombre de Cuchillas de las Animas o Cuchilla Grande. Entre los riscos y



matorrales de la ribera solían ver gente que se deslizaba como observando los navíos. Aquí y allí, alzábanse misérrimos grupos de chozas, que no merecían llamarse aldeas, y de ellos salían hombres y mujeres que con grandes ademanes parecían ofrecerles diversas cosas, invitándolos a desembarcar. Llegaron con esto a la desembocadura del río que hoy se llama de Santa Lucía (**Nota**), y Solís, pensando que podía ofrecer buen abrigo, envió el batel para que echara la sondaleza, y supo, así, que efectivamente dentro de la barra tenía hondo y ancho cauce, muy propio para fondeadero.

Favorecidas por la marea las carabelas transpusieron la barra, abriendo la marcha la Latina de **Rodrigo Alvarez de Cartaya** (**Nota** : **Juan de Lisboa**), que era la menor, y siguiendo la de Torres y por último la Portuguesa. Echaron anclas y Solís desembarcó junto con sus obligatoriamente inseparables Alarcón y Marquina, para quienes cada escala venía a ser como una resurrección.

Ameno era el sitio, tan abundante en salvajina que ella sola aseguraba el abastecimiento de la tripulación, y Solís resolvió detenerse allí para recorrer y carenar sus naves, bien necesitadas de ello después de tan larga navegación. Millares de patos y otras aves acuáticas poblaban el río, y al caer la tarde era su número tan prodigioso que de la una a la otra orilla tendían una viviente alfombra de pluma.

- *Este río no arrastra agua sino patos* – observó una tarde Rodrigo Rodríguez, que fué con ello su padrino de bautismo, pues Río de los Patos le llamaron todos.

No los espantaba ni ahuyentaba la presencia del hombre, sin duda porque los indios, dedicados preferentemente a la caza mayor, pasaban poco o nada por aquellos parajes donde era escasa. Mataron los de Solís cuanto quisieron, ora con ballesta, ora a palos y a pedradas, rara vez con arcabuz para economizar la pólvora.

Pero cierto día, pese a sentirse tan malo, el dispensero Martín García anduvo visitando los paños de las carabelas para hacer el recuento de las vituallas existentes, y por la tarde Solís que le vió acercarse pálido y trémulo, le dijo :

- *Métete en cama, Martín, que tienes muy mal semblante.*
- *¡ No se trata de eso, señor ! – balbuceó el dispensero – Cuéstame decirlo, pero ¡ me lo manda el deber !... Hoy, al abrir una barrica de salazón me encontré con que estaba enteramente podrida ...*
- *Ya extrañaba yo – exclamó Solís – que aún no hubiera queja de lo que han hecho embarcar esos señores de Sevilla. Pero ¡ bah ! el daño no es tan grande ... Arroja al agua la barrica, y abre otra.*
- *Es lo que hice al momento, señor. Mas es el caso que la segunda y la tercera barricas resultaron tan malas como la primera, si no peores ... Estamos amenazados de quedarnos sin víveres ... Ya se ve : las nieblas, los grandes calores, el rezume habrán humedecido las carnes ...*
- *Pero, acaso ¿ se ha podrido todo ?*
- *Todo, sí, señor – contestó compungido el dispensero –. La carne nada dentro de las barricas en un líquido espeso, negro y hediondo, y los mismos perros no la querrían.*
- *¡ Mal rayo !*
- *¡ No soy culpado, señor ! ...*
- *Bien lo sé. Pero ¿ eso pasa en las tres naos ?*
- *En las tres naos, sí señor.*

El capitán general había ido enardeciéndose y, enajenado de cólera, pateando el suelo,

prorrumpía en denuestos e imprecaciones contra los nunca bastante maldecidos oficiales de la Casa de Contratación, culpables de aquel grave tropiezo que en alta mar pudiera haber sido catástrofe. ¿Cómo perdonarles que salazones preparadas para durar dos años por lo menos se corrompieran sin causa conocida a los pocos meses de salir de España? ¿No la habrían querido así por criminal malevolencia?

Tan violento fué el desahogo de Solís que ninguno de los testigos de la escena se atrevió a aproximarse; todos comprendieron, sin embargo, la gravedad de lo que tanto le enfurecía, y no fué poca su sorpresa al ver que el fogoso capitán se calmaba tan repentinamente como se había irritado. Lejos estaban aquellos en quienes hubiera hecho su cólera efectiva ...

- *Vamos a ver el daño* – dijo a Martín García.

No quedaba, efectivamente, una sola barrica de carne que se pudiera aprovechar.

- *Al agua con toda esa podre, pero guarda las barricas* – ordenó Solís –. *Han de servirnos, porque no faltarán por estos matorrales venados y otras piezas; mayores que salaremos y secaremos tan ricamente. ¡Una higa para esos señores de la Casa!*

Tranquilizada como él, la tripulación que se había puesto instantáneamente al tanto de lo ocurrido, entretúvose aquella tarde y la mañana siguiente en pescar, y aun en sacar del agua a

mano limpia los peces que en cardúmenes acudieron al opíparo banquete que se les ofrecía. Los jefes y los oficiales a quienes Solís llamó por fórmula a consejo, mostráronse igualmente tranquilos : Dios y aquellas tierras proveerían ...

- *Apenas vuelva de la entrada que pienso hacer en estos días, nos ocuparemos de reparar el daño y tendremos más y mejores vituallas que antes* – dijo el capitán general, dando por terminada la reunión, y la desagradabilísima aventura pasó a segundo término, como cosa de poca monta ...

Durante todo un mes resonaron en aquella magnífica soledad los martillazos de carpinteros y calafates, los gritos y los cantos de los marineros, que se solazaban en la ribera, las voces de llamada o de triunfo de los cazadores cuando, muy excepcionalmente, descubrían o cobraban alguna pieza mayor. Un venado o un gamo era conquista celebrada como acto glorioso, y luego daba a la humilde comida de a bordo relieves de mesa señorial.

Sólo de vez en cuando observábanse en la maleza, entre dos luces, a inmediaciones del improvisado desembarcadero o algo lejos, bajo los árboles, movimientos insólitos, deslizamientos de animales intimidados, disponiéndose a la fuga, pero cuando los cazadores acudían a todo correr nada encontraban, nada descubrían, ni una huella, ni un simple rastro, nada sino algunos tallos

quebrados y, en torno, las hojas de las plantas bajas limpias del polvo que siempre las cubría ...

## Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

### **ALFONSO ÁLVAREZ de VILLASANDINO**

(1340-1350 - c 1424)

#### **CANTIGA**

Generosa, muy hermosa,  
sin mancilla Virgen Santa,  
virtuosa, poderosa,  
de quien Lucifer se espanta:

tanta

fué la tu grand omildat,  
que toda la Trenidat  
en ti se encierra, se canta.

Placentero fué el primero  
gozo, Señora, que hobiste;  
cuando el vero mensajero  
te saluó, tú respondiste.

Trojiste

en tu seno virginal  
al Padre celestial,  
al cual sin dolor pariste.

Quien sabría nin diría  
cuánta fué tu omildanza,  
o María, puerta e vía  
de salud e de holganza.

Fianza

tengo en ti, muy dulce flor,  
que por ser tu servidor  
habré de Dios perdonanza.

Noble rosa, hija e esposa  
de Dios, e su madre dina,

amorosa es la tu prosa,  
*Ave, estela matutina.*

Enclina  
tus orejas de dulzor  
oyendo a mí, pecador,  
ayudándome festina.

Quien te apela *maristela*,  
flor del ángel saludada,  
sin cabtela non recela  
la tenebrosa morada.

Criada  
fuste limpia, sin error,  
porqu'el alto Emperador  
te nos dió por abogada.

Que parrías al Mexías  
dijeron gentes discretas,  
Jeremías e Isaías,  
Daniel e otros profetas.

Poetas  
te loan e loarán,  
e los santos cantarán  
por ti en gloria chanzonetas.

O beata immaculata,  
sin error desde *abenicio*,  
bien barata quien te cata  
mansamente sin bollicio.

Servicio  
hace a Dios, nuestro Señor,  
quien te sirve por amor  
non dando a sus carnes vicio.

< « TROVADORES CASTELLANOS / CANTIGAS  
DE AMOR Y RELIGIOSAS » (SELECCIÓN,  
INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE ROBERTO F.  
GIUSTI) :

[http://www.dim.uchile.cl/~anmoreir/escritos/siglo\\_oro/trova.html](http://www.dim.uchile.cl/~anmoreir/escritos/siglo_oro/trova.html)

Mapas de la Provincia del Río de la Plata (...) sacados de DUVIOLS, Jean-Paul ; ***L'Amérique espagnole vue et rêvée. Les livres de Christophe Colomb à Bougainville***; Editions Promodis (Collection dirigée par Jean Viardot); 1985, p. 260 (1602), p. 380 (e. a. **Capitanía del Rey** ; 17<sup>ème</sup> siècle).

« *Armamento naval. La artillería en los siglos XV-XVI – XVII* ». Ilustración de lombarda usada en las carabelas. Ver :

<http://www.armada15001900.net/artillerianaval.htm>

Vasco Nuñez de BALBOA par Fred FUNCKEN :

<http://www.idesetautres.be/upload/19580917%20BALBOA%20FUNCKEN.zip>

Río de Santa Lucía (Cuenca del Plata) :

[http://www.hidricosargentina.gov.ar/documentos/referencias\\_i8/23.pdf](http://www.hidricosargentina.gov.ar/documentos/referencias_i8/23.pdf)

<https://www.youtube.com/watch?v=DiAvdXBHUw0>

[https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:R%C3%ADo\\_Santa\\_Luc%C3%ADa](https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:R%C3%ADo_Santa_Luc%C3%ADa)

<http://www.magrama.gob.es/es/parques-nacionales->

[oapn/proyectos-de-cooperacion/Santa-Lucia\\_tcm7-344905.pdf](http://www.magrama.gob.es/es/parques-nacionales-oapn/proyectos-de-cooperacion/Santa-Lucia_tcm7-344905.pdf)

Aves acuáticas de Argentina. Ilustraciones de

Patronato Parque Nacional Manantiales del Cachón de la Rubia :

[http://cachondelarubia.blogspot.be/2010\\_10\\_01\\_archive.html](http://cachondelarubia.blogspot.be/2010_10_01_archive.html)